

«MERECEMOS UN TRATAMIENTO MEJOR»: AUGE Y CAÍDA DE LAS MILICIAS NEGRAS EN EL HEMISFERIO OCCIDENTAL DURANTE EL SIGLO XIX

Gregory Mixon
University of North Carolina at Charlotte

Resumen: Este artículo explora la historia de las milicias negras del hemisferio occidental durante el siglo XIX. Para los afrodescendientes, la milicia fue un vehículo para establecer su sentido de pertenencia y participación en los emergentes estados nacionales de América del Norte y del Sur. Mientras que en Latinoamérica esta emergió como componente de las guerras independentistas y civiles que marcaron la construcción de los Estados-nación en la primera mitad del XIX, en EE.UU. los negros libres formaron milicias para defender sus cuerpos, alcanzar autonomía económica y política, y afirmar su ciudadanía y su libertad.

Palabras clave: Milicias negras, Libertad, Ciudadanía.

Abstract: The article explores the history of black militias in the Western Hemisphere during the nineteenth century. African descendants viewed the militia as a vehicle to establish their sense of belonging and participation in the emerging nineteenth century nation-states in both North and South America. While in Latin America it emerged as a component of the independence and civil wars that shaped nation-building during the first half of the century, in the United States free blacks turned to black militia companies as a public means of defending their bodies, achieving economic and political autonomy, and asserting their citizenship and their freedom.

Keywords: Black militias, Freedom, Citizenship.

Septiembre de 1905 marcó una transición fundamental para los afrodescendientes de las Américas. Fue un momento clave en el estado sureño de Georgia (EE.UU.), pero reflejó el fin de la participación negra en el proceso de construcción del estado nacional en el hemisferio occidental como miembros de la milicia y el ejército. El 16 de septiembre de 1905 la prensa negra lamentaba el fin de

«hombres tan leales y honestos como cualquier otro que alguna vez empuñara un mosquete o una espada por “[su] nación, [su] hogar, y [la] victoria”». ¹ Este réquiem anunciaba el fin de más de treinta años de servicio militar de los georgianos negros, pero también reflejaba el fin de las milicias y de un importante ámbito de ciudadanía negra en el continente. Señalaba, asimismo, el fracaso del liberalismo occidental a la hora de incorporar a los afrodescendientes a los emergentes estados nacionales y las posesiones coloniales.

Los afrodescendientes usaron las milicias y las fuerzas armadas como plataforma para alcanzar un mayor grado de libertad, y en algunos casos para el acceso a la ciudadanía y la inclusión como miembros de las nuevas naciones que emergieron después de las guerras de independencia y las guerras civiles del siglo XIX (Andrews, 2004: 12-13, 46-67, 76-78, 83-88; Landers, 2010: 49-50). Estos conflictos también fueron instrumentales para la abolición de la esclavitud, al tiempo que abrían debates sobre la ciudadanía y la inclusión de los afrodescendientes en los estados liberales modernos y los imperios que sobrevivieron a la era de las revoluciones atlánticas. Al tiempo que los blancos adquirían la libertad, la autonomía, el gobierno republicano y la ciudadanía, los afrodescendientes abrazaron los mismos conceptos durante dicha era. Los americanos negros consideraron que al participar en estos eventos como miembros de las milicias se habían ganado el derecho a la inclusión como ciudadanos del Estado o del imperio (Landers, 2010: 11-12, 15-16, 24, 31, 39-40, 53-54, 138-139). Sin embargo, los dictados del capitalismo –la producción de caña de azúcar en el Caribe y el Golfo de México, así como en Brasil– y la decisión política de comprometerse con la protección legal igualitaria en las colonias de Estados Unidos y Gran Bretaña en el Caribe, acabaron con la oportunidad de brindar iguales derechos de ciudadanía a negros y blancos a finales del siglo XIX en las Américas (Holt, 1992; Landers, 2010: 138; Scott, 1994: 44-70).

1. La tradición latinoamericana

La participación afrodescendiente en las milicias de la América española se inició en el siglo XVI en México, donde pardos y morenos sirvieron en la defensa militar novohispana tanto voluntaria como compulsivamente. Con la intención de abandonar los peldaños más bajos de la sociedad colonial (incluyendo el abandono de la esclavitud), los milicianos afromexicanos se alistaron para obtener, de manera eventual, la confianza de los funcionarios coloniales. Al convertirse en individuos independientes como parte de las fuerzas de defensa del sistema colonial, también obtenían la autonomía de la libertad económica, experiencia como líderes de milicias negras y acceso a algunos derechos legales. La perseverancia en el servicio militar y el uso de algunos privilegios –principalmen-

1. *Savannah Tribune*, 16 de septiembre de 1905, pág. 2.

te el fuero militar– obtenidos como miembros del sistema militar colonial, les dieron a los milicianos negros del Imperio español en las Américas un grado de autonomía menor que el de los criollos, pero mayor que el de los esclavos. Jane Landers afirma que el fuero militar «era un derecho corporativo», un medio para crear conciencia de grupo cuyas «provisiones» proporcionaron a los milicianos pardos y morenos «igual estatus jurídico que a los milicianos blancos». Este los eximía de «ser juzgados en tribunales civiles» y les facilitaba no solo una justicia más igualitaria, sino derecho a «hospitalización, jubilación y servicios funerarios», así como algunas exenciones fiscales (Howard, 1998: 30-32; Landers, 2010: 50, 140, 142; Vinson, 2001: 16, 21).

Durante la era de las revoluciones atlánticas, a finales del siglo XVIII e inicios del XIX, los milicianos afrodescendientes comprobaron los límites del sistema político republicano de los Estados Unidos y la América española independiente, del gobierno colonial español, y de las comunidades autónomas negras viviendo como cimarrones (Blanchard, 2006: 255-270; Landers, 2010: caps. 1 y 4). Todos ellos ofrecieron posibilidades para acabar con la esclavitud y alcanzar la libertad, si bien este objetivo se mantuvo esquivo. Los esclavos, según Peter Blanchard, aprovecharon «la oportunidad sin precedentes [de las guerras de independencia en las Américas] para participar en las actividades militares al tiempo que socavaban la institución [de la esclavitud] que los mantenía cautivos». Los blancos, tanto aquellos favorables a la independencia de España como los partidarios de seguir bajo su dominio, reclutaron esclavos y negros libres para su causa, con la libertad como recompensa por el servicio militar. Como resultado, afirma Blanchard, «los esclavos jugaron un papel protagónico en las luchas coloniales, combatiendo para preservar los lazos imperiales así como para destruirlos». Aunque al prometer la libertad los blancos tenían su propia agenda, los negros, arguye Blanchard, también la tenían. Ellos buscaron la libertad evitando acabar «heridos, capturados o muertos». La libertad, para ellos, era una recompensa para ser disfrutada terrenalmente y no en la otra vida. Negros y mulatos libres presionaron para abolir la esclavitud y el régimen de castas a cambio del apoyo negro, fuera para la causa patriota o para la realista (Landers, 2010: 1-7, 13; Blanchard, 2006: 255, 258, 263-265, 267-268).

Los milicianos negros de la Cuba colonial, observa Jane Landers, «pasaron hasta veinte años lejos de sus hogares», defendiendo «las fronteras de Luisiana, Florida, Yucatán y México». Su servicio militar durante la era revolucionaria fue transformador: «convirtió a los esclavos en soldados [realistas] [...] a pesar de tener salarios bajos, riesgos enormes y una discriminación racial persistente». Los afrodescendientes alistados, en consecuencia, vieron a la Corona española como un gobierno que «no solo los liberaría, sino que los incorporaría» al imperio comandado por «la Corona y sus representantes». Así, los afrodescendientes consideraron que obtendrían una mayor recompensa si se preservaban las colonias españolas como parte del Imperio que si apoyaban el proyecto patriota, que en la mayoría de los casos no les proporcionó la libertad plena (Blanchard, 2006: 262-264; Landers, 2006: 128-129, 134-146).

Pero la monarquía y el liberalismo republicano también fallaron a los milicianos negros debido a las respuestas monárquicas a las revoluciones francesa y haitiana, a las guerras napoleónicas y a las revueltas coloniales. En 1812 algunos esclavos cubanos creyeron que los monarcas de España, Inglaterra, Haití y el Congo estaban detrás de los «rumores populares sobre los libertadores negros y la abolición». Pero tanto esclavos como negros libres y milicianos de color creyeron que fuerzas de naturaleza local se oponían a la concesión de la libertad. Las autoridades coloniales españolas no solo evitaron el poner fin a la esclavitud, sino que, al tiempo que la protegían, atacaron los derechos colectivos de los libres y los milicianos de color.² En respuesta, los miembros de las milicias de color recordaron a las autoridades españolas que habían servido lealmente en la milicia usando «dibujos de soldados negros libres uniformados, defendiendo a los blancos». En La Habana, miembros de la milicia de color y del cabildo organizaron a los esclavos y a los negros y mulatos libres para desafiar al gobierno colonial, a quien consideraban responsable de obstruir la llegada de la libertad y los derechos concedidos por la Corona. Los rebeldes propusieron acabar con los sistemas que daban poder a las élites locales: el tráfico de esclavos transatlántico y la esclavitud. Supuestamente liderados por el miliciano libre negro y líder de cabildo José Antonio Aponte, cuya biblioteca personal incluía «retratos del rey Carlos III y de los líderes de la revolución esclava de Haití: Toussaint Louverture, Henri Christophe y Jean-Jacques Dessalines», la revuelta de 1812 unió a los afrodescendientes en un movimiento paralelo al que, según las autoridades cubanas, produjo la revolución haitiana (Howard, 1998: 17-48; Landers, 2010: 158).

En último extremo, el miedo a que los blancos se independizaran y los negros destruyeran la esclavitud, el tráfico y la agricultura de plantación, fue más fuerte que el intento de proporcionar ciudadanía, inclusión y derechos civiles a los negros y mulatos de Cuba. Los milicianos y sus seguidores pagaron con su vida por este intento fallido. La revuelta de 1812 resultó en un intenso ataque contra los derechos corporativos de las milicias de pardos y morenos, pese a su énfasis en su historial de servicios a la colonia, la monarquía hispánica y «las distantes Cortes» del gobierno constitucional español. Landers afirma que «los negros cubanos libres... celebraron los nuevos derechos» concedidos por la Constitución de Cádiz. Esta «revirtió algunas prohibiciones raciales tradicionales», brindando mayores oportunidades en educación. Michele Reid-Vazquez afirma, en cambio, que «las Cortes ofrecieron poca satisfacción legal o política para las poblaciones afrodescendientes de las Américas». En concreto, la Constitución no abolió la esclavitud y no concedió el sufragio a negros y mulatos, mientras que mantuvo las «jerarquías raciales», ya que la igualdad racial «produciría “graves inconvenientes” para las jerarquías sociales establecidas».

2. Landers (2006: 156-165) observa que hubo revueltas en Bayamo, Holguín, Puerto Príncipe y La Habana.

Tanto Landers como Reid-Vazquez concluyen que la frustración de los negros creció con el doble fracaso de la Corona, al no proporcionar ni libertad ni un constitucionalismo democrático. Landers afirma que «al final, la distante monarquía española se mostró desleal», aunque los afrodescendientes pondrían «sus esperanzas por la libertad en una relación personal con un monarca distante», mientras continuamente buscaban alternativas a lo largo del siglo. Apoyaron a las monarquías europeas porque «para muchos de ellos la monarquía era la mejor opción», ya que les permitió alcanzar «libertad, propiedad y, al menos, una limitada prosperidad». La restauración absolutista después de las guerras napoleónicas, sin embargo, apoyó a la agricultura de plantación sin fisuras, forzando a «los negros libres a buscar otros modelos y posibilidades» que permitieran luchar contra los pilares de la sociedad de plantación (Landers, 2006: 158-165, 174, 233-235; Reid-Vazquez, 2011: 123-125).

El historiador George Reid Andrews también considera el período que va de la era de las revoluciones atlánticas a mediados del siglo XIX. Presenta a los afrodescendientes como actores centrales en la búsqueda de la ciudadanía en un contexto de reestructuración de las sociedades del Nuevo Mundo. Al emerger nuevos estados nacionales liberales, a menudo sumidos en guerras civiles para definir su naturaleza, las milicias de pardos y morenos fueron un instrumento para luchar por los derechos plenos de ciudadanía. Aunque estas defendían y dependían de la autoridad que emergía de las colonias de plantación para su existencia, la construcción nacional ofreció atractivas oportunidades de libertad para «los grupos sociales que habían sido excluidos de las posiciones de poder y privilegio durante el período colonial». La autopercepción de los milicianos negros a través de las Américas les llevó a ver las guerras como oportunidades para asegurar su inclusión en los nuevos estados. En el período post-independentista se abrió la posibilidad de que los afroamericanos pudieran redefinir su subordinación social, económica y política buscando «vías de ascenso» ofrecidas como derechos civiles y políticos. Según Andrews, aunque «negros y mulatos habían luchado en las guerras de independencia» por estos derechos, «continuarían haciéndolo durante el siglo XIX» (Andrews, 2004: 92-93).

La ciudadanía y los derechos fundamentales en las nuevas naciones, tal y como los afrodescendientes los concibieron, constituyeron su principal objetivo. «Una y otra vez», explica Andrews, estas metas «explican sus luchas» durante el período independentista. En Cartagena de Indias, «hombres y mujeres negros libres se dieron a sí mismos el título de “ciudadano” cuando se inscribieron en los registros parroquiales de bautismo, casamiento, y óbito». Iniciaban así una tradición de autoidentificación que los afrocolombianos exhibieron durante los tres primeros cuartos del siglo XIX. Pero esto iba más allá de una simple etiqueta en el proceso de autoafirmación negra a través del hemisferio. Andrews argumenta que «los liberales afropanameños», por ejemplo, esperaban su integración plena «en la vida nacional después de la emancipación». Los afrolatinoamericanos redefinieron la ciudadanía «para incluir a los no-blancos en la participación política plena», y estas expectativas trascendieron las fronteras nacionales de

las Américas, porque la visión negra de la libertad, los derechos civiles y la ciudadanía demandó la inclusión completa en los nuevos Estados-nación. De acuerdo con Andrews, la «lucha por esa ciudadanía ampliada se llevó a cabo en parte a través de la política electoral y partidaria», pero «buena parte de Afro-Latinoamérica» luchó por adquirirla «a través de la confrontación armada y la guerra civil», donde los milicianos negros prestaron sus cuerpos para el servicio militar y trataron de redefinir la ciudadanía como resultado del poder transformador del conflicto bélico. «País tras país los negros y mulatos libres formaron la columna vertebral de las rebeliones liberales, los movimientos guerrilleros y los ejércitos», reforzando las expectativas que vinculaban servicio militar y participación plena en las nuevas naciones. El nivel de compromiso de los participantes negros «les puso difícil a los observadores», argumenta Andrews, «determinar si un levantamiento era una rebelión “negra” racialmente motivada, o el producto de una coalición liberal negra más amplia». Estos límites difusos llevaron a algunos blancos a temer una alianza con un movimiento «demasiado negro» (Andrews, 2004: 93, 57-58, 63-64, 67,78, 83-88, 91).

Andrews también afirma que la reluctancia de los blancos a abrazar movimientos «demasiado negros» se hizo evidente en Brasil en 1817 y 1828, evocando los miedos hemisféricos hacia la «haitianización» de su movimiento. Al miedo hacia lo «demasiado negro» también se le llamaba «guerra de castas», o en su «versión local», «guerra de razas» (Andrews, 2004: 94-98). Todos estos términos codificaron los miedos blancos del poder negro, la participación plena de los afrodescendientes en los ámbitos político, social y económico de la construcción del Estado nacional. Como rasgo central del proyecto negro de participación plena en ese proceso, Andrews observa que «la mayoría de negros y mulatos políticamente activos se identificaron con el liberalismo». Su compromiso con esta opción tuvo «consecuencias mayores para la historia política de la región», incluyendo «el triunfo eventual del liberalismo a través de la América Española», el cual «llevó al poder a casi todos los presidentes negros y mulatos» del siglo XIX en Argentina, México, Ecuador, Venezuela y la República Dominicana.³

La victoria del liberalismo, sin embargo, trajo pírricas recompensas para los negros. Andrews afirma que el liberalismo triunfante se manifestó «de una forma que pocos liberales negros hubieran previsto o aprobado». El historiador Hendrik Kraay afirma que los milicianos negros tenían altas expectativas generadas durante su servicio militar: sentarse a cenar en la misma mesa que los nuevos líderes nacionales de las décadas de 1820 y 1830. Los liberales blancos, sin embargo, no reservaron un espacio para los milicianos negros en el nuevo orden, porque estos todavía representaban el opresivo pasado colonial. Esta divi-

3. Los presidentes fueron Bernardino Rivadavia (Argentina, 1825-1827), Vicente Guerrero (México, 1829), Vicente Roca (Ecuador, 1845-1849), Joaquín Crespo (Venezuela, 1884-1886, 1892-1897) y Ulises Heureaux (República Dominicana, 1882-1884, 1887-1889, 1889-1899) (Andrews, 2004: 99).

sión se manifestó en 1821, nueve años después de la independencia, cuando liberales y milicianos negros se enfrentaron por el proceso de construcción nacional en la rebelión de la Sabinada (Andrews, 2004: 99-100 y 95-96; Kraay, 1998: 30-56, especialmente 31-32).

La segregación reforzó la represión de los libertos y los negros, quienes fueron «excluidos del ejército regular y aislados dentro de la milicia, hasta que la milicia negra fue abolida en respuesta a la Sabinada». Los esclavos, no obstante, fueron frecuentemente reclutados, y durante la primera mitad del siglo XIX a menudo se les ofreció la libertad durante las rebeliones post-independencia contra gobiernos conservadores. Esta política perjudicó seriamente la santidad del derecho de propiedad. La libertad para los esclavos en un contexto de rebeliones representaba un problema para las autoridades brasileñas, quienes «percibieron estas rebeliones como una grave amenaza para el orden esclavo». Pero la esclavitud sobrevivió a las rebeliones, y los negros y mulatos que se alistaron no disfrutaron de su libertad, porque los soldados esclavos fueron «masacrados», «deportados», «devueltos a sus amos», azotados, vendidos o condenados a trabajos forzados, certificando la victoria de la propiedad sobre la libertad. Por eso mismo los esclavos tampoco pudieron alistarse en el ejército postindependentista, aunque los esclavos que se alistaron y aquellos «huidos que se distinguieron» en su servicio no fueron «devueltos a la esclavitud». La «libertad a cambio del servicio militar fue un asunto problemático», concluye Kraay, ya que durante el siglo XIX a «los amos les preocupaba la libertad [negra] sin control». Esta acabaría desplazada por el derecho a la propiedad y por la construcción nacional.

Más ampliamente, Andrews afirma que el liberalismo decimonónico evolucionó por dos caminos paralelos. Ambos, el «conservador y controlado por las élites» y el «popular», fueron dominados por «intereses de las élites terratenientes [...] en la segunda mitad del siglo XIX», quienes «rápidamente aplicaron políticas sociales y económicas que socavaron la posición de los propios campesinos y trabajadores que les habían llevado al poder». Andrews, sin embargo, añade que la iniciativa negra cambió Latinoamérica durante el siglo XIX. En las «zonas de plantación de la América española, libertos y campesinos negros tuvieron éxito transformando las estructuras de su vida diaria al hacer por lo menos parcialmente real la amenaza de destrucción de la economía de plantación». Aunque la revolución negra no llegó a completarse durante el XIX, «la combinación de la abolición, las continuas interrupciones causadas por las guerras civiles y el contenido antioligárquico del liberalismo radical» tuvieron un impacto decisivo. Estos factores convergieron para «producir un decisivo realineamiento de las relaciones de poder entre propietarios de tierras, esclavos, libertos y campesinos». Las nuevas correlaciones permitieron a los afrolatinoamericanos «redefinir», especialmente entre 1820 y 1870, sus «condiciones de vida y trabajo en las áreas de plantación». Andrews afirma asimismo que «las luchas de los liberales negros no fueron en vano», ya que el proyecto negro de redefinir la libertad, la ciudadanía y el estatus generó «una tradición de movilización política antioligárquica que ayudaría más tarde a crear el movimiento

político más importante en el siglo xx latinoamericano: el populismo obrerista» (Andrews, 2004: 99-106).

La guerra, el principal mecanismo de los milicianos negros y en general de los afrodescendientes para cambiar Latinoamérica, concluye Andrews, «creó las condiciones para la emancipación negra en la América española». Los esclavizados, los afrodescendientes libres y los milicianos negros usaron las guerras para «derrocar las restricciones coloniales sobre su libertad», produciendo simultáneamente «la primera gran ola de reforma social y política en la historia de América Latina». Las guerras civiles y de independencia «también redujeron la capacidad de los terratenientes y los gobiernos de controlar a los trabajadores y los campesinos negros», quienes conquistaron la libertad legal al tiempo que la guerra transformaba las sociedades coloniales del hemisferio occidental hacia mediados de siglo. Los milicianos negros lideraron el proyecto de lucha por la libertad en sus respectivas naciones. Se unieron a los esclavos negros y los libertos, tomando la iniciativa para eliminar la esclavitud, definir la libertad, establecer unos estándares de ciudadanía y participar en la construcción nacional del siglo xix. La guerra y el liberalismo también hicieron posible que los afrodescendientes redefiniaran las relaciones de trabajo a medida que los ex esclavos y los negros y mulatos libres «negociaban con los antiguos amos, los actuales patrones y los funcionarios del Estado desde una posición más fuerte de lo que jamás había sido, o de lo que jamás sería» (Andrews, 2004: 100, 106-115). Los gobiernos nacionales y coloniales devinieron un actor clave en la definición de la libertad, la ciudadanía y las relaciones laborales, al tiempo que los milicianos negros, y en general todos los afrodescendientes, exploraban los límites del liberalismo para avanzar sus intereses en temas de ciudadanía, libertad, trabajo y control sobre el cuerpo negro.

2. De la era de las revoluciones a la guerra de Secesión

Jeffrey Kerr-Ritchie (2005, 2007), Rebecca Scott (2000, 2005), Thomas Holt (1992, 2000) y Deborah Thomas (2009) han explorado la búsqueda de libertad y control sobre sus cuerpos llevada a cabo por los milicianos negros y el resto de afrodescendientes en el siglo xix. En Estados Unidos tuvieron lugar conflictos políticos en torno a la autodefensa negra, la organización de milicias y el derecho a portar armas, aunque el «derecho a la autodefensa armada contra la agresión externa emergió como uno de los pilares de la filosofía de los derechos naturales en la República norteamericana». Mientras las trece colonias lidiaban con esta idea, algunas animaron a los negros a llevar armas para defender aquella en la que vivían. También hubo casos en los que el acceso negro a las armas fue firmemente denegado. Estas medidas contradictorias se resolvieron después de la Revolución americana, cuando el proceso de construcción nacional empezaba en los Estados Unidos. De acuerdo con Kerr-Ritchie, «el precio de la independencia y la construcción nacional» consistía en «la exclusión de los negros del

derecho de ciudadanía, incluyendo el derecho a la autodefensa armada». En 1790 «el Congreso de EE.UU. limitó la naturalización a los extranjeros blancos», y en 1792 estableció que la milicia federal estaría compuesta solamente por blancos. Algunos estados aceptaron inicialmente que los afrodescendientes pudieran alistarse, pero «esta práctica fue rápidamente suspendida» incluso en un contexto en que estados como Ohio democratizaban su electorado para incluir a todos los hombres blancos. Esta «iba a ser una república de hombres blancos defendida por las armas de los blancos» (Kerr-Ritchie, 2005: 9).

En la década de 1830, algunos negros libres del norte organizaron «comités de vigilancia» para defender a los esclavos fugitivos de los agentes enviados por sus dueños. También se organizaron con «el activista negro local David Ruggles» y los miembros del «Comité de Vigilancia de Nueva York» para proteger y defender «los derechos y la seguridad de los Negros». Esto era especialmente importante entre 1820 y 1840, cuando tuvo lugar una serie de disturbios raciales antinegros en Providence, Cincinnati, Ohio, Detroit, Michigan, Nueva York, y Filadelfia. Durante estos años, la población negra de EE.UU. y Canadá se organizó para defenderse a sí misma de manera tanto estructurada como espontánea. Según Kerr-Ritchie, estos esfuerzos colectivos, así como la emergencia de milicias negras independientes, «constituyeron una estrategia de autodefensa a nivel continental» (Kerr-Ritchie, 2005: 4-9).⁴

Aparentemente, las milicias independientes no tenían obligaciones con las administraciones públicas. Se iniciaron en 1848, por iniciativa de «unos jóvenes negros» en respuesta a «la exclusión legal [de las milicias estatales], la necesidad de autodefensa y la expansión de la esclavitud americana». Estos se declararon «CIUDADANOS AMERICANOS» cuando el maquinista y abolicionista William J. Watkins solicitó a la Cámara Legislativa de Massachusetts «formar una compañía independiente, porque los solicitantes son CIUDADANOS Y NACIDOS EN ESTADOS UNIDOS, [que] cumplen la ley, pagan sus impuestos y aman la libertad». Massachusetts, lamentaba un airado Watkins, «niega [a los solicitantes] el derecho a “mostrar su hombría” en su propia defensa. “Tenemos abogados, doctores y maestros de color; ¿por qué no soldados de color?”». Rhode Island fue una excepción, con una tradición de milicia negra mantenida por el estado proveniente de la década de 1820. Como sus homólogos canadienses, en los años cuarenta del siglo XIX los milicianos negros de este estado mantuvieron el orden cuando unos trabajadores blancos quebraron la paz social. El alistamiento negro llevó a la restauración de su derecho a voto en Rhode Island, y en 1855 este estado aprobaba la creación de los Guardias Nacionales de Providence como una «organización independiente». En este contexto de creación de milicias negras por todo Estados Unidos entre 1830 y 1860, Kerr-Ritchie afirma que «muchas unidades [negras] se autodesignaron como “organizaciones independientes”» y adquirieron importancia «por una importante dualidad: la ausencia de

4. Para la violencia antinegra en Providence, véase Cottrol, 1982: caps. 2 y 3.

dependencia de las instituciones del estado así como la autoorganización [negra] frente a la exclusión oficial». En EE.UU., las compañías independientes de milicia eran lideradas por oficiales negros e incluían hombres con lazos con sus comunidades locales, como la Guardia de la Libertad de Boston, donde servían «trabajadores, impresores y dueños de salones». Los milicianos negros trabajaban codo a codo con aquellos con los que vivían, y a los que defendían y representaban (Kerr-Ritchie, 2005: 10-14).⁵

Que las milicias negras defendieran los objetivos y las costumbres de las comunidades locales es significativo. Reforzaba su importancia como entidades independientes que participaban en una cultura de masas para transmitir la visión negra del mundo a la sociedad en general. En 1857, la decisión del Tribunal Supremo en el caso Dred Scott estableció «que las personas negras no pueden ser sino una clase extranjera, degradada y sin [derecho al] voto». En noviembre de 1857 los 55 miembros negros de la milicia independiente de Boston, la Guardia de la Libertad (Liberty Guards), marcharon en público por primera vez. Según Kerr-Ritchie, los negros los aclamaban mientras algunos blancos hostigaban, intimidaban o asaltaban tanto a los negros del público como a los que desfilaban con «una lluvia de adoquines». En la segunda parte del desfile los Guardias de la Libertad rompieron filas para defender a sus intimidados seguidores negros. Los Guardias eran «trabajadores negros comunes y corrientes» que tomaron la iniciativa de organizar «su propia compañía militar con el apoyo de la comunidad local». Al convertirse en milicia y adquirir las responsabilidades de «hacer maniobras, marchar y actuar» como soldados, representaban a la comunidad afrodescendiente, dándole visibilidad pública y orgullo en sí mismos como ciudadanos y participantes en la política de masas que democratizó Norteamérica en las tres décadas preguerra civil. Al escoger ser soldados, los Guardias de la Libertad «enfataron su hombría, su independencia y su autodefensa» como parte de su propia visión del mundo. Esta autopercepción definía un carácter negro confiado y cualificado para la ciudadanía americana, a pesar del veredicto contrario del Tribunal Supremo. Por último, la unidad ganó reconocimiento público cuando la afroamericana «Sarah Hill representó a la compañía con su estandarte de seda negra, mostrando un águila de alas desplegadas y un escudo americano» en un lado de la bandera, y el nombre de Guardias de la Libertad y un pino en el otro (Kerr-Ritchie, 2005: 13-14).

Las milicias negras y las celebraciones públicas de la emancipación, la ciudadanía y la libertad fueron fundamentales para los norteamericanos durante el siglo XIX. De acuerdo con Kerr-Ritchie, la «celebración pública más importante para los afrodescendientes norteamericanos entre la abolición de 1827 en Nueva York y la Proclamación de Emancipación de 1863 tomaba las políticas imperiales británicas en las Indias Occidentales» como símbolo de la libertad negra. El

5. Para el desfile del West India Day de 1839 en Toronto, Canadá, donde marchó «un regimiento compuesto enteramente por hombres de color liderado por oficiales blancos», véase Kerr-Ritchie, 2005: 20.

West India Day (Día de las Indias Occidentales) celebraba el fin oficial de la esclavitud el primero de agosto de 1834, el día que la «Ley de Abolición aprobada por el Parlamento británico» entró en vigor. La ley «abolió legalmente la institución de la esclavitud», liberando a «casi 800.000 esclavos coloniales». También conocida como Primero de Agosto y Día de la Emancipación, esta conmemoración era parte de lo que Kerr-Ritchie interpreta como «una política pública compuesta por los partidos de masas, asociaciones gremiales, centrales de bomberos, partidos políticos, asociaciones reformistas, hermandades étnicas o simplemente lúdicas» que generó una cultura política propia. El desfile fue la manifestación pública para presentar el mensaje político: «las sociedades de color marchaban con pancartas, banderas y eslóganes proclamando sus creencias políticas» y su orgullo negro. Los milicianos afrodescendientes también usaron el desfile para demostrar que los negros tenían el mismo derecho a la autodefensa, y para reclamar «los derechos del hombre, en un orden político emergente centrado en lo masculino». El Primero de Agosto se convirtió en una fecha comparable a otras patrióticas blancas como el Cuatro de Julio, otra celebración pública de la libertad en el hemisferio occidental (Kerr-Ritchie, 2005: 15-17).

Ante estos desafíos, hacia 1850 la milicia negra fue parte de un proceso más amplio de decreciente militancia. Los negros predicaron en público sobre la amenaza de la Ley de Esclavos Fugitivos de 1850, que podía llevar a la reesclavización ilegal de algunos de ellos, en «actos públicos de masas, discursos y desfiles de jóvenes [negros y con pistolas, quienes] ofrecían un espectáculo de militancia para desalentar a los potenciales agresores». En EE.UU., el desfile de la milicia negra era «una política de la representación en las calles pensada para demostrar resistencia, militancia y poder», especialmente después de aprobarse dicha ley en 1850. Según Kerr-Ritchie, estos actos eran «un ensayo [negro] para la guerra», la guerra civil americana (Kerr-Ritchie, 2005: 18-19).

Dos actividades relacionadas con las milicias negras fueron importantes para definir la libertad en la posguerra: los desfiles y la creación de milicias independientes de las instituciones. Sin embargo, estas dos actividades divergieron en las décadas posteriores a 1865. Aparentemente, las milicias independientes tendieron a ser más importantes en el ámbito rural y funcionaron como un componente de los gobiernos estatales sureños durante la reconstrucción de la posguerra civil, algunas de ellas sobreviviendo incluso al cambio de siglo. Los desfiles, en cambio, fueron más practicados por milicias patrocinadas por el estado asociadas a comunidades urbanas (y a veces rurales), a partir de 1870 (Kerr-Ritchie, 2005: 27-28).⁶

El análisis que realiza Rebecca Scott sobre Cuba y Luisiana demuestra «cómo la ideología del poder estatal y la fuerza bruta [fueron] movilizadas contra los trabajadores azucareros [negros y blancos] de Luisiana». Con el objetivo de unas

6. Aquí Kerr-Ritchie se refiere a la evolución de las milicias independientes después de la guerra civil. Para Georgia, sin embargo, sostengo un argumento diferente.

milicias independientes, estos perdieron «el espacio para la acción» que definía la libertad, un espacio al que «los trabajadores cubanos del azúcar [negros y mulatos] pudieron mantener su acceso hasta bien entrado el siglo xx». Tanto para la milicia negra independiente de Kerr-Ritchie, como para los milicianos de Luisiana estudiados por Rebecca Scott, es en este espacio donde se encontraron la resistencia violenta blanca y los esfuerzos negros por alcanzar y ejercer poder, autonomía, libertad económica y ciudadanía. Después de la guerra civil, tanto los veteranos como los negros en general padecieron la violencia racista por todo el campo sureño, ya que «organizaciones paramilitares blancas [y en algunos casos, fuerzas policiales] se embarcaron en una campaña de terror para controlar a los ex esclavos». La violencia racista incluyó disturbios en Norfolk (Virginia), Nueva Orleans, Luisiana y Memphis (Tennessee) justo después de la guerra civil, en 1865 y 1866. Como sucedió en Memphis, los veteranos negros tuvieron que presenciar la violencia contra la comunidad negra sin poder hacer nada para evitarla (Rosen, 1999: 267-293).

En el medio rural, según Kerr-Ritchie, la «militarización de la vida negra» continuó después de la guerra civil. En 1865 y 1866 los libertos del litoral de Carolina del Sur, en el río Santee, «empezaron a organizar compañías de milicia locales» que «maniobraron y desfilaron en grandes plantaciones». Y no fueron un caso aislado. De acuerdo con el mismo autor, «la formación y movilización de milicias independientes de color para la autodefensa y la reivindicación de los derechos políticos también se dieron en las ciudades y el campo de Alabama, Carolina del Sur, Luisiana, Carolina del Norte, Georgia, Virginia y Mississippi, durante la era de la reconstrucción» (Kerr-Ritchie, 2005: 27-28; Hahn, 2003: cap. 6).

3. Milicias y política en Georgia, 1865-1898

Entre 1865 y la aprobación en el Congreso Federal de la Ley de Derechos Civiles de 1875, el poder político negro y las milicias de color independientes (no patrocinadas por ningún gobierno) estuvieron íntimamente ligados en el estado de Georgia. Las segundas emergieron en la posguerra bajo la tutela del Buró de Asuntos de los Libertos (Freedmen's Bureau), la Liga de la Unión y la Lealtad (organización paramilitar del Partido Republicano) y los propios esfuerzos negros para organizarse políticamente. En este estado, los afroamericanos del campo usaron las milicias negras independientes para movilizar a la población negra para la acción política, la defensa de las tierras adquiridas, la educación del electorado negro sobre los derechos políticos y el soporte a los nuevos políticos negros dedicados a proteger la libertad de los abusos blancos. Las milicias operaron al mismo tiempo que los afroamericanos escogían representantes para la Cámara de Representantes y el Senado de Georgia por primera vez entre 1868 y 1872, cuando demócratas y republicanos desplazaron a los representantes negros. Durante este período, los negros del medio rural ejercieron el poder político localmente, ganando elecciones y controlando el aparato político de muchos con-

dados. Un ejemplo destacado es el del condado de McIntosh, donde el reverendo Tunis Campbell organizó milicias independientes entre los habitantes negros de las Sea Islands y estableció un aparato político a inicios de la década de 1870 que hizo de los afroamericanos la fuerza política predominante en el condado costero de McIntosh (Duncan, 1986: caps. 1-3; Mixon, 2013: caps. 2-3).⁷

En 1875, las consecuencias de la denominada Insurrección del condado de Johnson llevarían a las milicias independientes a su final. La población negra de siete condados del centro y este del río Savannah intentó organizar y coordinar una marcha y una convención del Partido Republicano en 19 condados circundantes durante el verano de 1875. En los siete condados centrales se formaron milicias negras independientes. Estaba prevista la participación de una milicia estatal de Carolina del Sur y su notable líder republicano negro, Prince Rivers, así como de delegados de varios condados, milicianos independientes de color, bandas musicales y multitud de visitantes y milicianos de fuera del estado, todos ellos en el juzgado del condado de Washington.

El juzgado era el espacio público donde se tomaban las decisiones políticas y legales que afectaban a los residentes locales. Para muchas comunidades sureñas de la posguerra civil, este era un espacio de disputas sobre qué partidos, individuos y grupos de personas tenían el derecho a reunirse y gobernar. A su vez, el derecho a gobernar era controlado por aquel que tuviera poder político, económico, social y militar. Inmediatamente después de la guerra civil, los blancos sureños buscaron el modo de restaurar sus posiciones de poder, influencia y gobierno, especialmente en los condados rurales. La violencia blanca, como vimos en el caso del distrito de Grant, en Luisiana, se escenificó como una disputa por controlar los juzgados, la preeminencia política y el derecho a gobernar. Georgia siguió este patrón, ya que tanto blancos como negros usaron las milicias independientes para respaldar sus intentos de controlar los gobiernos locales. La violencia blanca en Georgia ayudó a asegurar el triunfo del Partido Demócrata sobre el Republicano hacia 1872, aunque a nivel local los negros perseveraron en sus esfuerzos por definir la libertad y la autonomía.⁸

En estas disputas, la milicia negra fue un mecanismo para la organización política afroamericana con el fin de alcanzar la autonomía económica y política. Los negros querían acceso a la tierra, el derecho a comercializar sus productos y a cosechar los frutos de su trabajo. También se opusieron al poder local blanco sobre su trabajo cuando los gobiernos del lugar les requirieron que constru-

7. Georgia Archives — Public Reference Service — File II — Tunis Campbell: Black Reconstructionist, Folder: Tunis Campbell (1), «United States of America, State of Georgia, McIntosh County, Port of Darien, July 5, 1871, Affidavit of L. B. DeSammes», págs. 7-11, Georgia Department of Archives and History, Morrow, Georgia.

8. «Johnson County Insurrection», Jacob N. Blount, Foreman and John W. Robison, Solicitor General of the State of Georgia, Johnson County Grand Jury Report, Augusta, Georgia, 15 de septiembre de 1875, Georgia Department of Archives and History (GDAH), Morrow, Georgia. Para Prince Rivers, véanse Budiansky, 2009: 51-52, 57-64, 242-253; Lane, 2008: caps. 3-7. Para el control negro sobre sus cuerpos y su trabajo, véase Scott, 1994: 70-81.

yeran y mantuvieran las carreteras de los condados. Desde la perspectiva de que el uso del trabajo negro había sido injusto, los afroamericanos argumentaron que los blancos debían cumplir con sus obligaciones en el trabajo de construcción y mantenimiento de las carreteras, y los negros cumplirían con sus responsabilidades. Reunidos en las iglesias locales para defender su autonomía económica, los afroamericanos de los condados de Burke, Jefferson, Johnson, Laurens, Richmond, Washington y Wilkinson se alistaron en milicias para defender sus derechos económicos y políticos. El contexto era propicio: en la primavera de 1875 el Congreso iba a aprobar la Ley de Derechos Civiles, lo que representaba una oportunidad para reivindicar sus derechos a nivel local. De nuevo, la población negra recurría al poder de un gobierno central, en este caso el federal, para reforzar, apoyar y proteger sus derechos como ciudadanos de Georgia y de Estados Unidos (Hahn, 2003: cap. 6).

Los blancos de otros siete condados movilizaron a sus propias milicias independientes y pidieron al gobernador James M. Smith que la milicia oficial del estado acabara con lo que definieron un mes después como una «insurrección» negra. Smith rechazó las peticiones para reconocer oficialmente las milicias independientes de los afroamericanos, con el pretexto de que el estado ya apoyaba suficientes compañías negras en la emergente milicia estatal. Smith también se resistió a movilizar las fuerzas estatales para atajar lo que era descrito por algunos como negros queriendo matar a blancos; las autoridades legales del estado y algunas fuerzas de los estados vecinos se reunieron en los condados en cuestión, mientras los blancos arrestaban a los líderes de las milicias independientes negras y los llevaban frente a jurados populares para determinar la extensión de la insurrección. Los jurados se reunieron a finales del verano de 1875 en los condados de Johnson y Washington. Sus investigaciones paralelas concluyeron que las relaciones raciales habían sido armoniosas en la zona, hasta que «la gente de color permitió que hombres malvados e intrigantes inflamaran sus bajas pasiones» contra «las vidas no solo de hombres blancos, sino de mujeres y niños inocentes y desprevenidos».

En esta atmósfera, en la que los blancos se oponían a la legítima movilización política negra, los líderes afroamericanos de las milicias independientes fueron condenados a varios años de servicio penitenciario. Aunque no tenía relaciones con los insurrectos del condado de Johnson, Tunis Campbell fue encarcelado y más tarde exiliado por haber creado una maquinaria política y una milicia negra exitosa en el condado de McIntosh en 1875. El reverendo Corday «Cordy» Harris, uno de los líderes de la milicia negra del condado de Washington y organizador de la marcha y la convención del Partido Republicano, fue encarcelado por «simple hurto» dos años después de las investigaciones en los condados de Johnson y Washington.⁹ La influencia de las milicias independientes declinó hasta desapa-

9. «Final Presentments of the Grand Jury», *Savannah Morning News*, 6 de septiembre de 1875; Governor Executive Department, Governor's Subject Files, 1877-1882, Governor Alfred Colquitt,

recer alrededor de 1880, cuando el Legislativo de Georgia reorganizó las milicias para favorecer solamente las patrocinadas por el estado. Así, en 1878 se crearon los Voluntarios de Georgia y los Voluntarios de Color de Georgia, señalando el fin de las milicias independientes en el estado: las defensoras de los representantes, los derechos, el poder político, el cuerpo y la autodeterminación económica y política negra. Estas también permitieron a los afroamericanos declararse ciudadanos de Georgia y de Estados Unidos.

Georgia, por tanto, también tuvo milicias patrocinadas por el gobierno estatal entre 1872 y la primera década del siglo xx. Tanto blancas como negras, estas padecieron treinta años de financiación inadecuada y reconocimiento limitado. En 1872, el gobierno federal volvió a autorizar la existencia de la milicia estatal de Georgia, reproduciendo el uso que el ejército confederado hizo de ella durante la guerra civil. En la posguerra, la milicia de Georgia estaría financiada solamente con fondos federales, una práctica que se extendió por todo Estados Unidos en esos años.

El estado de Georgia no destinó fondos a sus milicias hasta finales de la década de 1880, cuando se asumió que estas se acabarían incorporando a las fuerzas armadas de EE.UU. Por toda la nación, oficiales de las milicias estatales empezaron a decantarse por lo que acabaría siendo la Guardia Nacional, al tiempo que el gobierno federal autorizaba de nuevo las milicias sureñas en 1872. Sin embargo, las milicias no alcanzarían un lugar estable en la estructura militar nacional hasta finales de la década de 1900. En Georgia, la absorción federal de la Guardia Nacional no presagiaba nada bueno para los milicianos negros. Sin embargo, a finales del siglo xix los milicianos blancos y negros de este estado, organizados en unidades segregadas financiadas por el gobierno federal y el estatal, buscaron la manera de obtener el apoyo político del segundo para los Voluntarios de Georgia y los Voluntarios de Color de Georgia. Su esfuerzo, separado pero combinado, resultó en la creación de 42 compañías de milicianos negros, y de más de 170 hacia 1878 (Mixon, 2013: cap. 2).¹⁰

Abrumados por el entusiasmo negro y blanco por organizar compañías de milicia, el Legislativo de Georgia emprendió la tarea de reorganizar las milicias y de rediseñar tanto las leyes que las regulaban como el número que de ellas existía durante las décadas de 1880 y 1890. Entre 1878 y mediados de la década de 1890 las milicias se estabilizaron, pero el número de las negras se restringió a 22 compañías hasta 1898. Las compañías de la milicia blanca en la pre-guerra hispano-americana de 1898 fueron limitadas a un máximo flexible de entre 60 y 80 unidades, dependiendo de los objetivos del gobierno estatal en cada momento

State of Georgia Executive Minutes, 12 de enero de 1877 a julio de 1881, Reel 1208, Ben W. Fortson, Jr., Secretary of State, Executive Department, Atlanta, Ga, 19 de noviembre de 1879, pág. 601, GDAH; (Duncan, 1984: 100-110).

10. Para el debate sobre la segregación a nivel nacional, véanse Dobak y Phillips, 2001: xv, 15, 25, 44, 48, 67-68, 100-107, 132-133, 225, 243, 245, 262, 265, y Leonard, 2010: 21-23, 65, 77-78, 83-84, 123-173, 197-199, 204-205, 225, 232-244.

(Mixon, 2013: caps. 5 y 6). Estos ajustes presagiaban una coyuntura histórica fundamental para las milicias negras a nivel continental.

4. La guerra hispano-americana de 1898

Para algunos –si no para todos– los milicianos negros de Estados Unidos, la guerra entre EE.UU., Cuba y España entre 1898 y 1901 fue tanto una oportunidad como el fin de las milicias negras en el hemisferio occidental. La guerra fue la primera ocasión que tuvieron los milicianos negros de EE.UU. para probar su compromiso con la nación como ciudadanos, soldados y defensores de la patria. Era también la oportunidad de probar su masculinidad y demostrar públicamente que los negros poseían el carácter necesario para comprometerse con su nación y para ser ciudadanos de pleno derecho. En esta coyuntura los afrodescendientes de EE.UU. se declararon de nuevo ciudadanos responsables dentro del cuerpo político de la nación. Sin embargo, para los milicianos negros y otros soldados de color de todo el país, la participación en la contienda fue más una decepción que un ejemplo de ciudadanía inclusiva.¹¹

Los milicianos negros de Alabama, Georgia, Kansas, Illinois, Carolina del Norte, Ohio y Virginia anunciaron ardientemente su disposición para el servicio en defensa de la nación cuando la guerra contra España se hizo realidad. Por separado, anunciaron que su entrenamiento militar los hacía buenos candidatos para participar en cualquier acción que necesitara de una defensa nacional colectiva. En Illinois, milicianos negros y blancos se unieron a la Guardia Nacional como camino hacia el alistamiento en las fuerzas armadas. Los milicianos negros también hicieron declaraciones públicas sobre su preparación y su deseo de alistarse. Como condición para ello, pidieron, como sus homólogos blancos, el servir bajo sus propios oficiales negros, quienes en muchos casos habían liderado sus unidades durante años e incluso décadas. Los oficiales negros también actuaban como importantes intermediarios entre las unidades y las autoridades políticas, los legislativos estatales y las voces en favor de la discriminación racial que cuestionaban la utilidad y la necesidad de las milicias negras. La reputación y la ética profesional ganadas durante décadas también conquistaron el respeto de los blancos locales, quienes en ocasiones defendían a las milicias negras de la disolución por parte de las autoridades.¹²

Aun así, solo aquellos estados en los que los negros tenían influencia política sobre los gobernadores, como Kansas, Illinois o Carolina del Norte, «pidieron a los gobernadores que aceptaran los voluntarios afroamericanos en sus propios términos, o sea, con oficiales negros». En Virginia, los afroamericanos recurrie-

11. Cunningham, 2008: cap. 7; Fletcher, 2011: 129-134; Hannah, 2011: 95-102; Muskat, 2011: 116-118.

12. Alexander, 1998: 159, 161-163; Gatewood, 2011: 143-147; Hannah, 2007: 11-15, 35, 44, 62, 70, 103, 134, 152-153; 2011: 95-102; Muskat, 2011: 115-117.

ron a la prensa estatal y solicitaron que los oficiales negros liderasen la milicia de color, porque «los virginianos negros merecen tener los mismos derechos en la milicia voluntaria que los soldados blancos». Sus esperanzas, sin embargo, se vieron frustradas por los oficiales blancos y por el Departamento de Guerra, quienes veían a todas las milicias, más allá de la raza, como «poco más que clubes sociales». Asumiendo que los oficiales regulares estaban mejor cualificados para liderar y entrenar tropas, se alentó a los gobernadores a «designar un oficial del ejército regular para acompañar a cada regimiento y elevar a los hombres hasta el estándar». A pesar de estas recomendaciones del ejército regular, Georgia tomó otro camino. No convocó a ninguna de sus compañías de milicia para el servicio en 1898. En su lugar, permitió que sus milicianos blancos se presentaran voluntarios en las unidades creadas por el gobierno federal para servir en Cuba y otros lugares. Con el alistamiento voluntario masivo de los milicianos para luchar fuera de EE.UU., los Voluntarios de Georgia y los Voluntarios de Color de Georgia fueron desapareciendo a finales de 1899.

Los hombres negros que buscaban probar su compromiso y sus cualificaciones para la ciudadanía, sin embargo, no fueron bienvenidos a la hora de defender a la nación americana. En Virginia, a los blancos no les apasionaba la idea de «llamar a filas a [...] compañías de soldados negros con sus propios oficiales electos». En Georgia los blancos no tuvieron reparos en pedir que fueran oficiales blancos quienes comandaran las tropas blancas en el campo de batalla. Las actitudes antinegras alentaron el hostigamiento público de los regulares negros de camino al frente, y las unidades formadas por milicianos y voluntarios negros se acuartelaron en los estados sureños y luego se disgregaron al final de la guerra sin que fueran enviados de vuelta a casa. Las agresiones blancas contra muchos de ellos fueron a menudo mortales.¹³ La guerra hispano-americana de 1898-1901 representó una oportunidad para que los negros americanos y cubanos contribuyeran productivamente a la defensa y la creación de sus estados nacionales, y en ambos casos los afrodescendientes percibieron el conflicto como el momento de asegurar su inclusión como ciudadanos de pleno derecho. Sin embargo, el final del siglo XIX señaló la restricción y la redefinición de la nación como solamente blanca.

Con la guerra se aglutinaron una serie de factores que debilitaron la ciudadanía negra en las Américas. En EE.UU. se produjo una reorganización de las fuerzas armadas en la que las milicias se convirtieron en la Guardia Nacional, y esta fue incorporada a las fuerzas armadas. Con estos cambios, la ciudadanía negra pasaba a ser de segunda clase. La Ley Dick de 1903 culminó un lustro de autoevaluación de los problemas de la movilización bélica durante la guerra contra España. La financiación de las milicias pasó de sumas irrisorias a sustanciales fondos federales, a cambio de un control federal más amplio y una estandarización de los métodos de entrenamiento en todas las unidades. Los milicianos

13. Alexander, 1998: 161-163; Gatewood, 1971: cap. 3; 2011: 144; Mixon, 2013: cap. 6.

estudiarían y entrenarían ahora bajo la supervisión de oficiales regulares blancos. La Guardia Nacional ya no obedecía a ningún gobernador estatal. En su lugar, el presidente de EE.UU. se convertía en comandante en jefe mientras las milicias se convertían en Guardia Nacional y ocupaban su lugar en el nuevo y reestructurado ejército de los Estados Unidos de América.

En la década de 1890, como señala Eleanor L. Hannah, la milicia perdió su posición como organización cívica con una responsabilidad colectiva hacia las necesidades locales, y como declaración pública del compromiso de los milicianos con un ejercicio responsable de la ciudadanía. La esencia de ser miliciano pasó, en la década de 1890, de representar los valores de la comunidad local a reflejar los de un tirador individual. El objetivo ya no era el espectáculo público del desfile por las calles locales como vía hacia la política democrática. El hombre solitario con un perfecto conocimiento de su arma reemplazó a la milicia, una institución ya casi totalmente blanca a inicios del siglo xx. Sus habilidades en el campo de tiro eran ahora más importantes que las maniobras y los desfiles que unían a los milicianos con las comunidades que los patrocinaban. La lealtad del tirador se transfirió al comandante en jefe de la nación, el presidente de los Estados Unidos. El guarda nacional era ahora parte de las fuerzas armadas del país, no de los estados sureños. En Georgia, la Guardia Nacional se reorganizó para ser una institución exclusivamente blanca, ya que los oficiales blancos de la milicia estatal lideraron la campaña para apartar a los afroamericanos de las Fuerzas del Estado de Georgia.¹⁴

Blanquear la nación se convirtió en una meta que definió a los ciudadanos y a los soldados en las Américas a finales del siglo xix e inicios del xx (Beattie, 2001: 62-63, 121, 270-284; Andrews, 2004: cap. 4; Bederman, 1995: 23-44). El blanqueamiento señaló el fin de la «construcción activa del estado nacional» en los albores del siglo xx. En Estados Unidos, esta implicó la supresión de los indios americanos, una tarea en la que las tropas de color habían participado durante casi treinta años, desde el fin de la guerra civil hasta la exposición colombina de 1893. Sin embargo, en dicha exposición los afroamericanos «eran casi enteramente invisibles»; la nación contemplaba cómo «lo que significaba ser americano» se vinculaba al valor de un individuo en un mundo de poder blanco. De acuerdo con Elizabeth D. Leonard, «los americanos negros, incluyendo los soldados negros del ejército nacional, demostraron amplia y repetidamente que eran más que simples personas civilizadas; eran de hecho personas dedicadas a construir y preservar la civilización en suelo americano». Se habían ganado lo que Frederick Douglass una vez definió como «todos los privilegios de la civilización americana». Esta fue la esperanza de las tropas regulares y los milicianos negros: luchar para ganarse a través del servicio militar el respeto, la aceptación y la inclusión que «los derechos plenos de ciudadanía» debían proporcionar.

14. Gatewood, 1971: 143-144; Fletcher, 2011: 129-130; Helg, 1995: caps. 4, 6, 7; Ferrer, 1999: cap. 7; Hannah, 2007: 149-159, 165-173.

Quizá Christian Fleetwood, veterano del Ejército de la Unión y oficial de la milicia de Cadetes de Washington (D.C.), sintetizó acertadamente la experiencia negra en la milicia durante el siglo XIX en su discurso del Congreso Nacional Negro, después de la disertación pronunciada por Booker T. Washington en la Exposición de los Estados Algodoneros de 1895 en Atlanta. Fleetwood afirmó que los negros y sus servicios se habían relegado «a la oscuridad exterior», mientras la nación olvidaba sus «valerosas gestas». No era el único en pensar así: los negros del ejército, la milicia y las calles llegaron a esa conclusión en la década de 1890, mientras la ciudadanía negra se evaporaba con el cierre de la frontera americana. La misión civilizatoria del siglo XIX se acababa, al tiempo que las personas de color se sometían a la violencia del poder imperial y la supremacía blanca global (Leonard, 2010: 140, 220, 227, 232, 237-244).

Bibliografía citada

- ALEXANDER, Ann Field (1998). «No Officers, No Fight!: The Sixth Virginia Volunteers in the Spanish American War». *Virginia Cavalcade*, vol. 47, núm. 4, págs. 178-191.
- ANDREWS, George Reid (2004). *Afro-Latin America, 1800-2000*. Nueva York: Oxford University Press.
- BEATTIE, Peter M (2001). *Tribute of Blood: Army, Honor, Race, and Nation in Brazil, 1864-1945*. Durham: Duke University Press.
- BEDERMAN, Gail (1995). *Manliness and Civilization: A Cultural History of Gender and Race in the United States, 1880-1917*. Chicago: University of Chicago Press.
- BLANCHARD, Peter (2006). «The Slave Soldiers of Spanish South America: From Independence to Abolition». En BROWN, Christopher Leslie, y MORGAN, Philip D. (eds.). *Arming Slaves: From Classical Times to the Modern Age*. New Haven: Yale University Press, págs. 255-270.
- BUDIANSKY, Stephen (2009). *The Bloody Shirt: Terror After the Civil War*. Nueva York: A Plume Book, Penguin Group Inc.
- DOBAK, William A., y PHILLIPS, Thomas D. (2001). *The Black Regulars, 1866-1898*. Norman: University of Oklahoma Press.
- DUNCAN, Russell (1986). *Freedom's Shore: Tunis Campbell and the Georgia Freedmen*. Athens: University of Georgia Press.
- FERRER, Ada (1999). *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- FLETCHER, Marvin (2011). «The Black Volunteers in the Spanish American War». En GLASRUDE, Bruce A. (ed.). *Brothers of the Buffalo Soldiers: Perspectives on the African American Militia and Volunteers, 1865-1917*. Columbia: University of Missouri Press, págs. 129-142.
- GATEWOOD, Willard B (2011). «North Carolina's African American Regiment and the Spanish American War». En GLASRUDE, Bruce A. (ed.). *Brothers of the Buffalo Soldiers: Perspectives on the African American Militia and Volunteers, 1865-1917*. Columbia: University of Missouri Press, págs. 143-157.
- HAHN, Stephen (2003). *A Nation Under Our Feet: Black Political Struggles in the Rural South from Slavery to the Great Migration*. Cambridge: Harvard University Press.

- HANNAH, Eleanor L. (2007a). «From the Dance Floor to the Rifle Range: The Evolution of Manliness in the National Guards, 1870-1917». *The Journal of the Gilded Age and the Progressive Era*, 6:2 (abril), págs. 149-177.
- (2007b). *Manhood, Citizenship and the National Guard: Illinois, 1870-1917*. Columbus: Ohio State University Press.
- (2011). «A Place in the Parade: Citizenship, Manhood, and African American Men in the Illinois National Guard, 1870-1917». En GLASRUD, Bruce A. (ed.). *Brothers of the Buffalo Soldiers: Perspectives on the African American Militia and Volunteers, 1865-1917*. Columbia: University of Missouri Press, págs. 86-111.
- HELG, Aline (1995). *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- HOLT, Thomas C. (1992). *The Problem of Freedom: Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- (2000). «The Essence of the Contract: The Articulation of Race, Gender, and Political Economy in British Emancipation Policy, 1838-1866». En COOPER, Frederick; HOLT, Thomas C., y SCOTT, Rebecca J. (eds.). *Beyond Slavery: Exploration of Race, Labor, and Citizenship in Post-emancipation Societies*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, págs. 33-60.
- HOWARD, Philip A. (1998). *Changing History: Afro-Cuban Cabildos and Societies of Color in the Nineteenth Century*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- KERR-RITCHIE, Jeffrey R. (2005). «Rehearsal for War: Black Militias in the Atlantic World». *Slavery and Abolition*, 26, núm. 1 (abril), págs. 1-34.
- (2007). *Rites of August First: Emancipation Day in the Black Atlantic World*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- KRAAY, Hendrik (1998). «The Politics of Race in Independence-Era Bahia: The Black Militia Officers of Salvador, 1790-1840». En KRAAY, Hendrik. *Afro-Brazilian Culture and Politics: Bahia, 1790s to 1990s*. Armonk, Nueva York: M. E. Sharpe, págs. 30-56.
- LANDERS, Jane G. (2006). «Transforming Bondsmen into Vasals: Arming Slaves in Colonial Spanish America». En BROWN, Christopher Leslie, y MORGAN, Philip D. (eds.). *Arming Slaves: From Classical Times to the Modern Age*. New Haven: Yale University Press, págs. 120-145.
- (2010). *Atlantic Creoles in the Age of Revolutions*. Cambridge: Harvard University Press.
- LANE, Charles (2008). *The Day Freedom Died: The Colfax Massacre, The Supreme Court, and The Betrayal of Reconstruction*. Nueva York: Henry Holt and Company.
- LEONARD, Elizabeth D. (2010). *Men of Color to Arms! Black Soldiers, Indian Wars, and the Quest for Equality*. Nueva York: W. W. Norton and Company.
- MIXON, Gregory (2013). «We called it «The Band of Brothers:» Georgia State Troops Colored, 1865-1905». Texto inédito.
- MUSKAT, Beth Taylor (2011). «The Last March: The Demise of the Black Militia in Alabama». En GLASRUD, Bruce A. (ed.). *Brothers of the Buffalo Soldiers: Perspectives on the African American Militia and Volunteers, 1865-1917*. Columbia: University of Missouri Press, págs. 112-127.
- REID-VAZQUEZ, Michele (2011). *The Year of the Lash: Free People of Color in Cuba and the Nineteenth-Century Atlantic World*. Athens: University of Georgia Press.
- ROSEN, Hannah (1999). «“Not That Sort of Women”: Race, Gender, and Sexual Violence during the Memphis Riot of 1866». En HODES, Martha (ed.) (1999). *Sex, Love,*

- Race: Crossing Boundaries in North American History*. Nueva York: New York University Press, págs. 267-293.
- SCOTT, Rebecca J. (1994). «Defining the Boundaries of Freedom in the World of Cane: Cuba, Brazil, and Louisiana after Emancipation». *American Historical Review*, 99, núm. 1 (febrero), págs. 44-70.
- (2000). «Fault Lines, Color Lines, and Party Lines: Race, Labor, and Collective Action in Louisiana and Cuba, 1862-1912». En COOPER, Frederick; HOLT, Thomas C., y SCOTT, Rebecca J. (eds.) (2000). *Beyond Slavery: Exploration of Race, Labor, and Citizenship in Post-emancipation Societies*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, págs. 61-106.
- (2005). *Degrees of Freedom: Louisiana and Cuba After Slavery*. Cambridge: Harvard University Press.
- (2007). «The Atlantic World and the Road to Plessy v. Ferguson». *Journal of American History*, 94 (diciembre), págs. 726-733.
- THOMAS, Deborah A. (2009). «The Violence of diaspora: Governmentality, Class Cultures, and Circulations». *Radical History Review*, 103 (invierno), págs. 83-104.
- VINSON III, Ben (2001). *Bearing Arms for His Majesty: The Free-Colored Militia in Colonial Mexico*. Stanford: Stanford University Press.